

Sobre la prudencia

MAURICIO MERINO

Las posibilidades de tener éxito en la convivencia entre seres humanos descansan, en buena medida, en la actitud que asuman los miembros de una comunidad frente a su vida en común. Esa actitud puede desprenderse de la aplicación más o menos estricta de las normas jurídicas que la propia comunidad haya decidido otorgarse para la organización de la convivencia. Pero detrás de ellas siempre estará una determinada concepción de lo bueno y de lo malo; es decir, siempre habrá una serie de valores y de principios básicos que sirven para mantener unida a esa comunidad. En este sentido puede afirmarse que, además de la capacidad de raciocinio, la diferencia principal entre los seres humanos y el resto de los animales consiste en que nosotros nos planteamos valores y virtudes éticas que están por encima de la sobrevivencia natural, hasta el punto de que, con mucha frecuencia, los seres humanos estamos dispuestos a matar y a morir en nombre de esos valores.

Hoy, por ejemplo, afirmamos que la búsqueda de la paz, la justicia, la libertad y la igualdad entre los seres humanos son algunos de los valores fundamentales que permiten organizar nuestra convivencia. Pero hubo un tiempo en que la disposición para hacer la guerra se consideraba una virtud principal, y sobre esa base se tasaba el valor de un hombre; hubo un tiempo en el que la justicia no significaba que todos los seres humanos fueran juzgados con las mismas leyes, sino que lo justo era que un grupo sometiera bajo su discrecionalidad a todos los demás seres humanos: la esclavitud era justa, la Inquisición hacia justicia, los comités de salud pública y las guillotinas eran instrumento de la justicia. Hubo un tiempo en el que la libertad se consideraba un valor subversivo, pues atentaba contra la soberanía del monarca y alteraba el orden establecido. Hubo un tiempo en el que la igualdad solamente era válida entre los desiguales, en el que las mujeres carecían de todo derecho, en el que se nacía dentro de un estamento sin ninguna posibilidad de ascenso social, en el que solamente votaban quienes tuvieran propiedades acreditadas, etcétera. Y en esos tiempos, solamente unos cuantos consideraban que los valores de la época estaban equivocados, pues las comunidades se habían organizado sobre la base de valores distintos a los que hoy compartimos.

La mayor parte de las virtudes que hoy estimamos fundamentales han atravesado por muy diversas etapas y han estado animadas, a su vez, por circunstancias muy diferentes. Y solamente unas cuantas de esas virtudes han logrado cruzar prácticamente por toda la historia, sin haber perdido su carácter ni haber abandonado su núcleo esencial. Y entre ellas, la más perdurable y, al mismo tiempo, la más adaptable de todas ha sido la prudencia: "una de las cuatro virtudes cardinales, que consiste en discernir y distinguir lo que es bueno o malo, para seguirlo o huir de ello". La prudencia que es sinónimo de templanza, moderación, sensatez y buen juicio. De modo que aunque los valores de cada época sean distintos, siempre ha habido y habrá seres humanos prudentes y siempre los habrá imprudentes, para discernir lo que es bueno o malo, y para seguirlo o huir de ello. Y de aquí que la prudencia sea un tema principal para comprender la convivencia entre los

seres humanos, independientemente de los cambios en el resto de los valores que han servido para organizarla.

Dado que la prudencia es un concepto filosófico pero también político, y que su ausencia entre muchos otros resulta hoy tan palpable como la necesidad de recuperar su sentido práctico en favor de la convivencia, me di a la tarea de seguirle la pista con mayor disciplina. Y mientras más tiempo le he dedicado, más me ha sorprendido que no aparezca como una parte fundamental de la filosofía política. Hay una teoría de la justicia, así como las hay de la libertad o como abundan las que se han ocupado de la igualdad. Todas ellas forman parte de la filosofía política de Occidente. Pero no hay una teoría de la prudencia, pese a que ese concepto ha atravesado por buena parte de las grandes obras que han definido el pensamiento filosófico occidental, y a que se trata de una de las virtudes a las que aluden todas las épocas. Y más sorprendente resulta esa ausencia, si se la mira desde el marco de la democracia moderna, pues resulta prácticamente imposible imaginar ese régimen de gobierno sin tomar como punto de partida la prudencia de sus dirigentes y también la de sus ciudadanos.

Pero precisamente porque no hay una teoría contemporánea de la prudencia, conviene ir sembrando semillas útiles para recuperar ese tema en otras discusiones y en otros ámbitos, de modo que vuelva a ocupar el lugar que alguna vez tuvo y se entienda, quizá, que actuar en contra de los valores que sirven para organizar un destino común, en una época completa, es más que una imprudencia, una especie de suicidio. Y que, en cambio, perseguir los valores correctos, en tanto que ofrecen una perspectiva de largo aliento para una sociedad en plena mudanza, constituye la base misma de la prudencia. De aquí la simple y a un tiempo trascendente razón por la que vale la pena estudiar este tema.

II

Platón y Aristóteles fueron los primeros autores que se ocuparon de desentrañar, con método y detalle, el sentido y la importancia de la prudencia. Si bien detrás de ellos vino una saga de autores que comparten el mismo modo de reflexionar y las mismas preocupaciones, aunque ya no hayan nacido en la Grecia clásica de las pequeñas ciudades-Estado. Especialmente Cicerón y más tarde la *Summa Teológica* de Santo Tomás de Aquino —ese compendio de las ideas dominantes en la época medieval— complementa y redondean las ideas originales de los dos griegos más conocidos y frecuentados por la filosofía política contemporánea. Todos ellos conformaron los primeros perfiles del término, al que identificaron no solamente como una más de las virtudes que debían acompañar la conducta de los hombres ocupados por el bienestar colectivo, sino incluso como una suerte de virtud superior que compendia a todas las demás: el hombre prudente era aquel que reunía todas las cualidades necesarias para afirmar una mejor convivencia. La falta de prudencia revelaba, en cambio, la carencia de alguna de las otras virtudes fundamentales. El hombre prudente era, en consecuencia, un hombre completo.

A aquellos primeros clásicos les debemos, también, algunas de las definiciones —es decir, las referencias al género próximo y la precisión de la diferencia específica— que siguen ayudándonos a comprender el sentido de la prudencia.

Fueron ellos quienes la definieron como un compendio de virtudes o, si se prefiere, como una virtud superior: ése es el género, y por eso es que la prudencia carecería de todo sentido si no se inscribiera dentro de un marco previamente acotado de valores éticos y morales. No hay seres humanos prudentes o imprudentes, ahí donde no existen valores compartidos por una comunidad que aspire a sobrevivir. Y tampoco hay prudencia en la soledad absoluta: el eremita no puede ser prudente, porque no tiene ante quién o frente a quién regular su propia conducta. De modo que la referencia a los valores compartidos por un grupo de seres humanos constituye la única posibilidad de reconocer un comportamiento virtuoso. La virtud solamente puede ser concebida como un hecho social.

No obstante, las virtudes solamente pueden ser expresadas a título individual. Si bien se desprenden de los valores que una comunidad considera dignos de encomio y hasta de protección, quienes los convierten en acto son los seres humanos individuales. Para decirlo en dos palabras: una comunidad tiene valores, mientras que los individuos tienen virtudes. El individuo virtuoso, en consecuencia, es aquel cuya conducta se corresponde con los valores que defiende la comunidad a la que pertenece. Y es aquí donde la prudencia adquiere su primer rasgo distintivo: el ser humano prudente es necesariamente virtuoso, porque posee la sabiduría práctica suficiente no sólo para regular su conducta sobre la base de aquellos valores, sino para reconocerlos y prever con ellos las consecuencias de sus acciones. Conviene recordar que la etimología de la palabra latina *prudencia* —de donde viene la nuestra— alude al conocimiento de los propios límites o, si se prefiere, a la capacidad de anticiparse a los hechos que podrían producirse si se actuara de una determinada manera: a ver por anticipado hasta donde sea posible. La prudencia entonces supone un comportamiento virtuoso, pero a la vez exige una capacidad especial para reconocer que más allá de una cierta frontera, resulta imposible prever los efectos de los actos propios. La prudencia adquiere entonces el sentido de previsión, basada a su vez en una especie singular de saber práctico: la sabiduría que procede de la experiencia: "Entre las cualidades o virtudes atribuidas al intelecto —nos dice el equipo de Mortimer J. Adler en la introducción al tema dentro de los *Great Books of the Western World*— la prudencia parece estar menos relacionada con el conocimiento y más con la acción. Cuando llamamos a un hombre científico o artista, o elogiamos la claridad de su entendimiento, suponemos que posee un cierto tipo de conocimiento. Admiramos su mente, pero no a él mismo como hombre. Podemos incluso no conocer qué tipo de hombre es o qué clase de vida lleva. Es significativo que nuestro lenguaje no contenga un término como 'científico' o 'artista' para describir al hombre que posee el don de la prudencia. Tenemos que usar el adjetivo y hablar de un hombre prudente, lo que parece sugerir que ese atributo pertenece al conjunto de las acciones del hombre, más que a un tipo de inteligencia en particular.

"La prudencia —sigue Adler— parece ser tanto una cualidad moral como intelectual. Difícilmente podemos llamar a un hombre prudente, sin conocer su manera de vivir. Que tenga un comportamiento templado es probablemente mucho más relevante para nuestro juicio sobre su prudencia que si tiene una inteligencia cultivada. La medida de su educación o la profundidad de sus saberes puede no importar en absoluto para nuestro juicio. Pero probablemente consideraríamos si es suficientemente adulto para haber aprendido algo de la experiencia y si obtuvo algún beneficio de esa experiencia para volverse más sabio."

El hombre prudente no es, en consecuencia, el cultivado o dotado de un cierto tipo de conocimientos. El ser humano prudente puede ser incluso un individuo aparentemente ignorante, en el sentido académico, escolar, que suele darse a ese calificativo. Del mismo modo que las maestrías y los doctorados no garantizan en absoluto que quienes poseen esos grados no actúen de manera imprudente, puesto que la carencia o la posesión de esa virtud no depende de la asistencia a la educación superior, sino de la experiencia que solamente puede obtenerse en la vida misma. La prudencia es inteligencia práctica: capacidad de entenderse con el entorno para modular la conducta propia, y para anticiparse a las consecuencias de los hechos que todavía no han ocurrido.

Desde este punto de vista, puede decirse que lo contrario de la estupidez no es la sabiduría, sino la prudencia. Acerca de estos antónimos, el historiador italiano Carlo Cipolla ha escrito uno de los textos a un tiempo más lúcidos y más simpáticos que haya tenido oportunidad de leer. En su ensayo titulado "Las leyes fundamentales de la estupidez humana", Cipolla sostiene que "una persona estúpida es una persona que causa un daño a otra persona o grupo de personas sin obtener, al mismo tiempo, un provecho para sí, o incluso obteniendo un perjuicio"; por oposición, el inteligente es en cambio alguien que se beneficia a sí mismo tanto como beneficia a los demás. Para completar su cuadro, Cipolla agrega que los ingenuos son aquellos que benefician a otros, pero se perjudican a sí mismos; y los perversos, son los seres humanos que sólo se benefician a sí mismos, mientras perjudican a los demás. Sobre la base de ese cuadrante, este autor asegura, con dosis equivalentes de sentido del humor y de sentido común, que "la probabilidad de que una persona sea estúpida es independiente de cualquier otra característica de la misma persona"? Dato que acompaña al hecho de que "siempre e inevitablemente cada uno de nosotros subestima el número de individuos estúpidos que circulan por el mundo".^o De acuerdo con esas leyes, dice Cipolla, "tanto si uno se dedica a frecuentar los círculos elegantes como si se refugia entre los cortadores de cabezas de la Polinesia, si se encierra en un monasterio o decide pasar el resto de su vida en compañía de mujeres hermosas y lujuriosas, persiste el hecho de que deberá siempre enfrentarse al mismo porcentaje de gente estúpida, porcentaje que siempre superará —de acuerdo con la primera ley— las previsiones más pesimistas"!

Las leyes formuladas por Carlo Cipolla no sólo resultan simpáticas, sino que tienen detrás la misma filosofía que acuñaron los clásicos de la primera época para referirse a los imprudentes. Y en este sentido, estupidez e imprudencia pueden tratarse como sinónimos. En efecto, Platón, Aristóteles, Cicerón y Tomás de Aquino coinciden en que solamente poseen la virtud de la prudencia aquellos que advierten y evitan el daño a los demás, tanto como a sí mismos. Es decir, las personas que desenvuelven su comportamiento sobre la base de valores compartidos en función de lo que se considera generalmente bueno para la convivencia y para la sobrevivencia y que, además, son capaces de comprender que una conducta así no puede derivarse sino de una previsión, que hoy llamaríamos responsable, sobre los efectos que producirán sus acciones. De modo que resulta imposible concebir la prudencia como una virtud individual sin tener presente, al mismo tiempo, los valores que le permiten a una sociedad distinguir entre lo bueno y lo malo. Así como tampoco es posible entenderla sin asumir, como punto de partida, que la prudencia es en todo caso lo contrario a un comportamiento dañino.

La prudencia, por otra parte, se mide necesariamente en la acción y no en el reposo. Aunque a veces, la misma prudencia aconseje retirarse temporal o definitivamente de una determinada acción. Digo esto, porque con frecuencia se escucha, en nuestros días, que un individuo prudente es aquel que, ante la incertidumbre, prefiere quedarse quieto: no hacer ni decir nada, optando por la inacción. La prudencia suele identificarse entonces con la renuncia a la acción, con el sigilo, con el cálculo egoísta y hasta con la cobardía. Pero ocurre que ninguno de esos extremos alude en realidad a la virtud que definieron los clásicos, ni coincide con la filosofía fundamental de Occidente. Al contrario, en tanto que la prudencia es sabiduría práctica, solamente puede apreciarse a través de la acción. Un individuo que no hace nada carece de una conducta que pueda servirle a la sociedad en la que convive, a menos que sea un monje tibetano. Y al mismo tiempo, puede afirmarse que la opción de quedarse invariablemente quieto ante una situación incierta no revela prudencia sino ignorancia y, con ella, una falta absoluta de responsabilidad. El individuo prudente, en cambio, es aquel que modula sus actos en función de las consecuencias que su sabiduría práctica le permite anticipar, sobre la base de los valores que comparte con su comunidad.

III

De aquí que la prudencia sea también un concepto con un profundo contenido político. Si para los clásicos ya señalados las virtudes eran, en sí mismas, las señas de una conducta individual comprometida con los valores de la comunidad, a partir de Nicolás Maquiavelo la prudencia adquiere un nuevo significado político que está directamente vinculado con los fines del Estado moderno. Maquiavelo no riñe, en lo esencial, con las características ya señaladas de esa virtud. Pero su punto de partida es distinto: ya que las virtudes no pueden ser explicadas sin referencia a los valores en los que se apoyan, Maquiavelo subraya que el valor superior de la política tiene que ser el de la sobrevivencia del Estado. Y en consecuencia, la prudencia tiene que medirse en función de los actos que lleven al príncipe a garantizar ese valor superior.

Pocas obras han sido tan influyentes en el pensamiento occidental moderno como *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo. Si bien se le sigue disputando la paternidad de la ciencia política, lo cierto es que en unas cuantas páginas Maquiavelo consiguió condensar el primer análisis sistemático sobre el sentido del Estado, y especialmente sobre el papel de la política como el único instrumento posible para la conservación de la convivencia pacífica. Se trata de una obra clásica no sólo por ser un modelo digno de imitación, sino porque sus lecciones siguen siendo válidas para el mundo de nuestros días, a pesar de que muchas de las referencias lingüísticas que utilizó hayan cambiado y a pesar de que su distinción entre repúblicas y principados, típica de la vida política del Renacimiento, haya quedado rebasada con el paso del tiempo. En cambio, prevalece de Maquiavelo lo fundamental: sus ideas sobre el Estado y sobre el sentido de la política.

No viene a cuento reproducir aquí la discusión sobre los precursores intelectuales de Maquiavelo, ni el debate correspondiente sobre la verdadera paternidad de las ideas que el florentino plasmó en su obra más conocida. ¿Qué autor no le debe algo de su obra a los libros escritos por otros? Lo que me interesa subrayar es que nadie antes que él logró reunir esas ideas con igual lucidez. Y es en este sentido que Maquiavelo inaugura realmente la etapa del pensamiento político moderno: el pensamiento que centra su atención en la

preservación del Estado, y que exige de los políticos un comportamiento coherente con ese propósito. Lo verdaderamente maquiavélico de la obra de Maquiavelo es el reclamo de eficacia política que le formula a los poderosos, y que se coloca en su obra por encima de cualquier otra consideración de carácter moral. Es decir, para Maquiavelo lo importante no es que los poderosos asuman comportamientos individualmente ejemplares, sino que se hagan cargo de la responsabilidad que conlleva su posición. Si además son buenas personas, tanto mejor. Pero al final del día, a ellos no se les juzgará por el recato con el que condujeron su vida privada o por su apego personal a los principios morales que prevalecían en su época, sino por haber construido un Estado en el que todos los demás individuos puedan convivir de manera pacífica y armoniosa. Maquiavelo no pide hombres ejemplares por su bondad, sus buenos propósitos personales o su conducta privada, sino por su eficacia a la hora de conducir el Estado. De aquí su tan famosa como mal interpretada frase acerca de los medios y de los fines: "Trate pues un príncipe de vencer y conservar el Estado, que los medios siempre serán honorables y loados por todos". En otras palabras: los fines pueden justificar los medios, siempre y cuando los primeros estén animados por la prudencia.

A partir de Maquiavelo, la política se desprende de la vida privada de quien la ejerce, y el Estado se convierte en el asunto público por excelencia. Y a esa separación entre lo público y lo privado no sólo sigue una distinción igualmente fuerte entre la moral de los individuos y la ética que debe acompañar el ejercicio político, sino que la prudencia abandona el terreno del comportamiento individual para convertirse en asunto de Estado. La prudencia pasa al terreno de la eficacia política y, en consecuencia, se vuelve un atributo específico de los hombres de Estado: de verdaderos estadistas. Si para Aristóteles la prudencia es una virtud personal que solamente puede desprenderse de la experiencia, o mejor todavía, para decirlo con una frase de Malraux: de la conciencia sobre la experiencia, con Maquiavelo esa sabiduría práctica debe ponerse al servicio de la convivencia pacífica entre los seres humanos. Incluso la violencia debe servir al único propósito de erradicarse a sí misma. Y de ahí que en *El arte de la guerra*, Maquiavelo recupere la clásica consigna de los romanos según la cual: "si quieres paz, debes prepararte para la guerra". De modo que actuar con prudencia no equivale a comportarse con recato, sino hacer todo lo posible para cumplir los propósitos del Estado que son, a la vez, los de la convivencia pacífica entre los seres humanos. Lo prudente, en ese sentido, es todo lo contrario de la inacción: lo prudente es el acto, la toma de decisiones y su puesta en marcha, siempre y cuando se consigan los objetivos previstos. La condición es, entonces, que esos actos no se desenvuelvan a tontas y a locas, sino a sabiendas de los propósitos a los que habrán de conducir. Lo prudente no consiste en dejar hacer y dejar pasar, sino en hacer todo lo que se tenga que hacer para cumplir con los fines de la convivencia. Y de aquí también que, desde Maquiavelo, la prudencia se identifique además con la responsabilidad política.

No deja de llamar la atención que entre las características que apuntó Maquiavelo como las claves del éxito en materia política, se recuerde especialmente la virtud que, como complemento y a la vez dique frente a la mala fortuna, representa uno de los atributos fundamentales para que el príncipe pueda cumplir sus propósitos. Son muy conocidos los argumentos de Maquiavelo sobre las ventajas de ese atributo virtuoso: "No ignoro que muchos creen y han creído que las cosas del mundo están regidas por la fortuna

y por Dios, de tal modo que los hombres más prudentes no pueden modificarlas; y más aún, que no tienen remedio alguno contra ellas...

Y yo, pensando alguna vez en ello, me he sentido algo inclinado a compartir el mismo parecer. Sin embargo, y a fin de que no se desvanezca nuestro libre albedrío, acepto por cierto que la fortuna sea juez de la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja gobernar la otra mitad, o poco menos. Y la comparo con uno de esos ríos antiguos que cuando se embravecen, inundan las llanuras, derriban los árboles y las casas y arrastran la tierra de un sitio para llevarla a otro; todo el mundo huye delante de ellos, todo el mundo cede a su furor. Y aunque sea inevitable, no obsta para que los hombres, en las épocas en que no hay nada que temer, tomen sus precauciones con diques y reparos, de manera que si el río crece otra vez, o tenga que deslizarse por un canal o su fuerza no sea tan desenfadada ni tan perjudicial. Así sucede con la fortuna, que se manifiesta con todo su poder allí donde no hay virtud preparada para resistirle y dirige sus ímpetus allí donde sabe que no se han hecho diques ni reparos para contenerla.'

El acoplamiento a las circunstancias resulta así, para Maquiavelo, una habilidad fundamental para el éxito del hombre de Estado, pues "el príncipe que confía ciegamente en la fortuna perece en cuanto ella cambia". La virtud es, en consecuencia, la capacidad de prever, de anticiparse a las dificultades que una racha de mala fortuna puede acarrear. Y de aquí que Maquiavelo aconseje al príncipe a comportarse a veces cauto y a veces impetuoso, según cambien las circunstancias. Pero lo que ayuda al poderoso a decidir una actitud o la otra es, en todo caso, su capacidad para mantener la misma orientación política, la persecución de los mismos fines, bajo cualquier circunstancia. La virtud es pues capacidad de adaptación al entorno, pero resultaría completamente inútil si no se acompañara además de la prudencia que indica el sentido final de las acciones y que constituye, por lo tanto, el atributo más importante. Todo ello sin perder de vista que sólo de la experiencia que produce sabiduría práctica puede desprenderse el verdadero sentido de la virtud exigida por Maquiavelo, pues nadie puede ser capaz de anticipar el momento exacto ni la manera en que se presentará la mala fortuna.

Separada del ámbito de la vida privada, la prudencia se vuelve entonces el parámetro por excelencia para medir el éxito de las decisiones y de las acciones políticas, en función de los efectos que éstas producen. Es así que la prudencia se identifica, de un lado, con lo que Max Weber llamaría, mucho tiempo después, ética de la responsabilidad; y de otro, con la idea del cálculo y la previsión acerca de las posiciones que mantendrán los posibles adversarios de las decisiones tomadas por el hombre de Estado. Lo que aparentemente no se ha estudiado con la suficiente profundidad es la relación complementaria entre esas dos derivaciones; o dicho de otro modo, la diferencia que el propio Maquiavelo establece entre la conquista del poder político y el uso que debe darse a ese poder. Si bien es cierto que Maquiavelo es ciertamente maquiavélico en una de las acepciones que el Diccionario de la lengua española le da a esta palabra, definida como un "modo de proceder con astucia, doblez y perfidia", también es verdad que su maquiavelismo no se refiere exclusivamente ni se justifica en la sola conquista del poder, sino que alude a un tipo de proceder político que, en todo caso, debe llevar a garantizar plenamente la convivencia que se realiza en el Estado. El maquiavelismo mal entendido, es decir, aquel que sólo sirve para alcanzar el poder a cualquier costo, incluyendo la

destrucción de las bases mismas de la convivencia entre los seres humanos no se desprende de Maquiavelo, por más que lleve su nombre, sino de una concepción completamente diferente acerca de la utilización del poder. Un uso que, en todo caso, debe calificarse como imprudente.

Sería más exacto –aunque no sería justo– que en lugar de maquiavelismo se dijera mazzarinismo, pues quizá el mejor ejemplo literario de la perversión en el uso de los medios de poder con propósitos exclusivamente personales está plasmado en el Prontuario de los políticos escrito por el cardenal Julio Mazzarino, un siglo después de Maquiavelo. Mazzarino: el tutor del rey Luis XIV de Francia y luego primer ministro de ese país en la época del esplendor pero también de las intrigas palaciegas de Versalles, caricaturizado en un modelo perfecto de perfidia política gracias a las aventuras de los mosqueteros de Alejandro Dumas. Fue ese cardenal nacido en Italia y nacionalizado francés quien dejó como herencia no solamente el final de una época, sino ese pequeño manual de consejos destinados a ganar y conservar el poder de cualquier modo. He ahí un ejemplo sobresaliente del maquiavelismo mal entendido. Es decir, del uso imprudente de los medios políticos. Otros ejemplos menos conocidos pero magistralmente descritos de la imprudencia son los que ofrece Elías Canetti en *Masa y poder*. Uno de ellos, el de Muhammad Tughlak, sultán de Delhi, merece comentarse in extenso.

Cuenta Elías Canetti que ese personaje más literario que real, no sólo fue enormemente poderoso, sino que además era lo que hoy llamaríamos –equivocadamente un verdadero dechado de virtudes: "...se hallaba en la cumbre de la cultura de su época. Sus epístolas persas y arábigas eran consideradas modelos de elegancia y fueron admiradas aun mucho después de su muerte... Tenía imaginación y sabía manejar las parábolas; conocía a fondo la poesía persa... Las matemáticas y la física, la lógica y la filosofía de los griegos lo absorbían en igual medida... Ningún erudito, ningún calígrafo, ningún poeta, ningún médico podía hacerle frente en una discusión en su propio terreno. Era además un hombre piadoso: se atenía estrictamente a los preceptos de su religión y no bebía vino", entre otras finas características de su personalidad individual. Su único defecto es que desconfiaba obsesivamente no sólo de quienes le rodeaban, sino incluso de quienes podían llegar a rodearlo. Es decir, tenía la más típica enfermedad producida por el poder: tenía paranoia. De aquí que para el sultán Muhammad resultara prácticamente insoportable que, durante un cierto periodo de su reinado, algunos de sus súbditos comenzaran a enviarle cartas anónimas con insultos y agravios que arrojaban de noche al salón de audiencias de su palacio. No pudo averiguar la fuente, y en consecuencia su desconfianza y sus sospechas se enderezaron en contra de toda la ciudad, así que Canetti nos cuenta que Muhammad: "Decidió reducir Delhi a escombros y luego de haber comprado a todos los habitantes sus casas y residencias y haber pagado todo el precio por ellas, les ordenó trasladarse a Daulatabad, que quena establecer como capital. Se negaron; a ello hizo proclamar por su heraldo que transcurridos tres días no debía encontrarse ser humano alguno en la ciudad. La mayoría acató la orden, pero algunos se escondieron en sus casas. El sultán hizo registrar la ciudad en busca de las personas que se habían escondido. Sus esclavos encontraron a dos hombres en la calle, un tullido y un ciego. Se les condujo ante él; ordenó que se expulsara al tullido disparándolo de una catapulta y que al ciego se lo arrastrara de Delhi a Daulatabad; era un viaje de cuarenta días. Por el camino se hizo pedazos y todo lo que llegó de él fue una pierna. Tras esto todo el mundo abandonó la

ciudad, dejando atrás muebles y propiedad; la ciudad quedó completamente abandonada. Tan total fue la destrucción que no quedó ni un gato ni un perro en los edificios, en los palacios o arrabales... Después escribió a los habitantes de otras ciudades y les ordenó transferirse a Delhi, para repoblarla. El resultado sólo fue la ruina de las otras ciudades. Delhi misma, a pesar de ello, permaneció vacía, dada su incalculable extensión."8

El sultán que poseía todas las virtudes, carecía de la más importante: carecía de prudencia, pues siendo en su tiempo uno de los hombres más poderosos del mundo y sin duda el más importante de su región, ejerció el poder de tal manera sobre todos y cada uno de los seres que le rodeaban, que al final ya no tuvo sobre quién seguirlo ejerciendo. Derrotó a todos los que se le enfrentaron e incluso a quienes lo eludieron. El ejercicio de su poder no tuvo así más que una frontera: el hecho de que se ejerce sobre los seres humanos con quienes se convive. Su límite, aun en el más pavoroso de los excesos, es el límite de la convivencia. De modo que cuando ésta se rompe, el poder político pierde todo sentido. Y de esa sencilla conclusión se desprende otra de las ramas fundamentales de la filosofía política, que comienza con Maquiavelo y su visión del Estado y avanza después por el pensamiento de la Ilustración. La prudencia entendida ya no como la más importante de las cuatro virtudes cardinales sino como la virtud política por excelencia: la única que le permite a los seres humanos conservar su vida en común y, en consecuencia, establecer el Estado.

IV

Pero todavía hay que mencionar una tercera etapa por la que ha atravesado este concepto, mucho más cercana a nuestra época pero, al mismo tiempo, más restringida. Me refiero a la traducción ética del concepto, como un asunto que en sí mismo fue ocupando paulatinamente un lugar cada vez más importante entre las ideas filosóficas de nuestro tiempo. Y en este sentido, sin duda, la afirmación más influyente se debe a Max Weber, quien en sus muy famosas conferencias sobre las características del político y las del científico, estableció una distinción ideal entre dos éticas: la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad, que resultan fundamentales para entender la implantación actual del sentido de la prudencia. En palabras del propio Weber: "Toda acción éticamente orientada puede ajustarse a dos máximas fundamentalmente distintas entre sí e irremediamente opuestas: puede orientarse conforme a la ética de la convicción o conforme a la ética de la responsabilidad. No es que la ética de la convicción sea idéntica a la falta de responsabilidad o la ética de la responsabilidad a la falta de convicción. No se trata en absoluto de esto. Pero sí hay una diferencia abismal entre obrar según la máxima de la ética de la convicción, tal como la que ordena (religiosamente hablando) —el cristiano obra bien y deja el resultado en manos de Dios—, o según la máxima de la ética de la responsabilidad, como la que ordena tener en cuenta las consecuencias previsibles de la propia acción.[..] Cuando las consecuencias de una acción realizada conforme a la ética de la convicción son malas, quien la ejecutó no se siente responsable de ellas, sino que responsabiliza al mundo, a la estupidez de los hombres o a la voluntad de Dios que los hizo así. Quien actúa conforme a una ética de la responsabilidad, por el contrario, toma en cuenta todos los defectos del hombre medio.

"En el terreno de las realidades —sigue Weber— vemos una y otra vez que quienes actúan según una ética de la convicción se transforman súbitamente en profetas

quiliásticos; que, por ejemplo, quienes repetidamente han predicado 'el amor frente a la fuerza', invocan acto seguido la fuerza, la fuerza definitiva que ha de traer consigo la aniquilación de toda violencia, del mismo modo que, en cada ofensiva, nuestros oficiales decían a los soldados que era la última, la que había de darnos el triunfo y con él la paz. Quien opera conforme a una ética de la convicción no soporta la irracionalidad ética del mundo.

"Este problema de la irracionalidad del mundo ha sido la fuerza que ha impulsado todo desarrollo religioso. La doctrina hindú del Karma, el dualismo persa, el pecado original, la predestinación y el Deus absconditus han brotado todos de esta experiencia. También los cristianos primitivos sabían muy exactamente que el mundo está regido por los demonios y que quien se mete en política, es decir, quien accede a utilizar como medios el poder y la violencia, ha sellado un pacto con el diablo, de tal modo que ya no es cierto que en su actividad lo bueno sólo produzca el bien y lo malo el mal, sino que frecuentemente sucede lo contrario. Quien no ve esto es un niño, políticamente hablando."⁹

De esta última frase brota el matiz que me interesa retomar: un niño es, por definición, alguien que no ha vivido lo suficiente para tener experiencias propias; un niño es irremediabilmente imprudente. Solamente quien ha fracasado, o ha vivido los fracasos de gente cercana y padecido sus consecuencias; solamente quien ha tomado nota de los efectos que producen sus actos y asume su responsabilidad frente a esas consecuencias y no sólo ante sus convicciones individuales; o, en otras palabras, solamente quien está dispuesto a reconocer a la sociedad con la que convive, y a apreciar las consecuencias de su conducta propia en la forma de vida de esa sociedad, puede considerarse un ser humano prudente. Y quien decide hacer política no puede omitir su vinculación con la sociedad. Su ética, por lo tanto, tiene que ser la ética de la responsabilidad.

Así pues, la distinción que ya había establecido Maquiavelo ganó mayor fuerza y profundidad con las dos éticas propuestas por Weber. Y también en este segundo autor puede apreciarse la importancia de los fines que persigue la política, anclados en lo que Weber llama "la causa". Si bien la política supone la utilización del poder y la violencia, éstos solamente pueden justificarse cuando el político esgrime una causa válida. Si Maquiavelo establecía que la única causa justificable era la conservación del Estado, Weber era un poco más laxo pues, en su opinión, la justicia de las causas políticas depende de la fuerza de los valores a los que haga referencia. Pero en ambos, no solamente salta a la vista aquella distinción entre conducta privada y acción pública, sino el anclaje de la razón ética en cualquiera de los dos planos. Y a la vez, la certeza de que los actos propios sólo pueden ser éticamente plausibles en función de sus consecuencias: sea para no cometer pecado conforme al código religioso que cada quien decida adoptar; o sea para evitarle daños a la sociedad con la que se convive. De modo que la ética solamente puede explicarse, sobre esa base, como una manifestación de prudencia.

Sin embargo, a diferencia de los clásicos que definieron ese concepto, los autores de nuestro siglo ya no establecen una relación obligada entre la vida privada y la actuación pública. En nuestra época se ha fortalecido la frontera que separa los actos estrictamente individuales —o realizados entre particulares— de los asuntos públicos tutelados por el Estado, que tan claramente fijaron los abogados para distinguir entre derecho privado y

derecho público, y que a su vez tiene su origen en los derechos individuales, de primera generación, que rescataron la esfera de libertad de los individuos frente a la intervención indiscriminada del Estado absoluto. Esa frontera también se ha extendido al terreno de la ética y de la actuación prudente de los seres humanos, hasta el punto de colocarla en los umbrales de las puertas que cierran la vida privada de cada individuo. Fernando Savater lo dice, como siempre, muy bien:

"La ética es la actitud o la intención del individuo frente a sus obligaciones sociales, personales. La ética siempre está en nuestras manos individuales. Yo no necesito ponerme de acuerdo con nadie, ni pedir permiso a nadie, ni que los demás estén de acuerdo conmigo. Yo actuaré de acuerdo con mis criterios y con mi conciencia, siempre en el aquí y en el ahora.

"La política tiene y necesita la complicidad y el apoyo de los otros, la política no siempre está en nuestra mano, debemos convencer a los otros de las necesidades de determinadas reformas o proyectos para llevarlos a cabo.[...] La política quiere instituciones y no simplemente buena voluntad o intenciones, de modo que la política es diferente de la ética y no puede resolverse exclusivamente por inyecciones de ética..."¹⁰

De aquí que la prudencia se haya desplazado al terreno de la política para convertirse, en rigor, en la ética de la política. No por cierto para garantizar que todos los individuos actúen al unísono. No se trata de una forma de justificar el uso de cualquier medio para obtener un fin a cualquier precio, siempre que la causa consiga sus objetivos, pues por esa ruta de reflexión toda la política acabaría siendo como la que practicaba el sultán de Delhi. Sino aquella que haga posible la mejor convivencia entre los seres humanos, aunque en ocasiones tenga que optar por un mal, siempre que sea el menor, entre las opciones realmente disponibles. Pero separada de la ética individual, la prudencia no solamente se vuelve asunto de la política, al margen de la vida privada de cada uno, sino que además ha de tomar en cuenta la libertad de los individuos: la compleja relación entre intereses y voluntades individuales, como la base misma para conformar acciones prudentes. No es prudente, en nuestros días, anular las diferencias entre individuos y aun entre grupos, ideas y corrientes distintas en nombre de una falsa homogeneidad, porque para garantizarla solamente quedaría la violencia. Como, de nuevo, dice Savater:

"A mí me asombraba, cuando estaba haciendo el servicio militar, que mi sargento siempre decía que había que hacer todo: saludar, sentarnos, levantarnos, como un solo hombre; decía sentarse como un solo hombre, levantarse, en fin. Yo no me explicaba por qué había que hacer las cosas como un solo hombre, cuando éramos 300 hombres los que estábamos allí.

"Bueno, los grupos humanos no pueden hacer las cosas como un solo hombre, porque no somos un solo hombre ni una sola mujer, sino muchos, y debemos hacer las cosas de la manera más armónica, más consensuada, más pactada; pero también sabemos que los conflictos nunca acabarán, que van a continuar y van a ser constantes en el esfuerzo de transacción."¹¹

En consecuencia, tampoco puede hablarse de un comportamiento prudente, al final del segundo milenio, al solo amparo de la eficacia de los resultados políticos, porque el costo de esa interpretación equivaldría a la anulación de las libertades fundamentales, y ya sabemos que la clave de una actuación prudente depende de los valores compartidos por una comunidad. De modo que a los distintos elementos de juicio que cada época le ha otorgado a la virtud que aquí nos interesa, todavía debemos agregarles el siguiente: el respeto a la libertad de los individuos. Así que no puede calificarse como prudente quien, en nombre de causas superiores de cualquier tipo, actúa en contra de esas libertades fundamentales. Podrá defender su causa, pero no podrá afirmar que su causa equivale a la voluntad de todos los individuos. El respeto a la vida privada, pero también a las ideas y a las libertades individuales, constituye la mejor aportación de la modernidad a la práctica de la prudencia.

Estos son, pues, los perfiles básicos de la prudencia. Pero llegados a este punto, quiero suponer que ya no escapan al lector las razones por las que resulta fundamental recuperar el sentido de esa virtud en nuestra reflexión actual y, sobre todo, en nuestra vida política. Ninguna comunidad puede resolver su futuro de largo plazo sin referencias valorativas, así sean muy básicas, más o menos comunes. Ninguna puede juzgar con justicia —ese otro valor principal—, si carece de parámetros sobre los fines que persigue como sociedad. Ninguna puede convivir en paz, y a pesar del conflicto, si no establece límites a la actuación pública y a la contienda política. Ninguna, en suma, puede prescindir de la prudencia si realmente quiere sobrevivir.

El autor es politólogo y consejero del IFE.

Referencias

1 Definición del Diccionario de la lengua española, vigésima primera edición, Madrid, 1992.

2 "Las leyes fundamentales de la estupidez humana", en *Allegro ma non troppo*, Grijalbo Mondadori, México, 1991, p.66.

3 *Ibid.*, p.58.

4 *Ibid.*, p.55.

5 *Ibid.*, p.60.

6 *El Príncipe*, Editorial Porrúa, México, 1978, p.31, Colección "Sepan Cuántos",

7 *Ibid.*, p.44.

8 Elías Canetti, *Masa y poder*, Muchnik Editores, Barcelona, 1977, pp. 451-452

9 Max Weber, *El político y el científico*, Alianza Editorial. Madrid, 1967, pp. 163-168, *passim*.

10 Fernando Savater, *Erica, política, ciudadanía*, Grijalbo/Raya en el *agual Causa Ciudadana*, México, 1998, pp. 28-30, *passim*.

11 *Ibid.*, p.40.

Índices en economía y finanzas
Canadá, estados Unidos y México (octubre 1999)

Índices en economía y finanzas

Canadá, Estados Unidos y México (octubre 1999)

Canadá			
	periodo	Cambio porcentual respecto al anterior	
		periodo	año
Producto Interno Bruto	Q2 99	0.8	3.7
Indicador líder	Jul 99	1.0	7.5
Índice de precios al consumidor	Ago 99	0.3	2.1
	periodo actual	mismo periodo en el año anterior	
Balanza en cuenta corriente	T2 99	-0.87	-3.16
Tasa de desempleo	Ago 99	7.8	8.3
Tasa de interés	Jul 99	4.77	5.02

Estados Unidos			
	periodo	Cambio porcentual respecto al anterior	
		periodo	año
Producto Interno Bruto	Q2 99	0.4	3.9
Indicador líder	Ago 99	0.3	2.8
Índice de precios al consumidor	Ago 99	0.2	2.3
	periodo actual	mismo periodo en el año anterior	
Balanza en cuenta corriente	T2 99	-80.67	-52.40
Tasa de desempleo	Ago 99	4.2	4.6
Tasa de interés	Ago 99	5.41	5.58

México			
	periodo	Cambio porcentual respecto al anterior	
		periodo	año
Producto Interno Bruto	Q1 99	0.9	2.3
Indicador líder	Jul 99	3.9	2.4
Índice de precios al consumidor	Ago 99	0.6	16.6
	periodo actual	mismo periodo en el año anterior	
Balanza en cuenta corriente	T2 99	-2.83	-3.48
Tasa de desempleo	Ago 99	2.5	3.0
Tasa de interés	Ago 99	21.48	25.22

Definiciones y notas

Producto Interno Bruto: series en volumen. Ajustadas por temporada. **Indicador líder:** un indicador compuesto basado en otros indicadores de actividad económica (empleo, ventas, ingreso, etc). Señala movimientos cíclicos en la producción industrial de seis a nueve meses, por adelantado. **Índice de precios al consumidor:** mide los cambios en el porcentaje de precios de venta de una canasta fija de bienes y servicios. **Balanza de cuenta corriente:** en billones de dólares, no se ajusta por temporada, excepto en el caso de E.U.A. **Tasa de desempleo:** porcentaje de la fuerza de trabajo-estándar con de la tasa de desempleo; en el caso de México corresponde a una definición nacional. **Tasa de interés:** tres meses.

Fuente: OCDE/OECD, *Main Economic Indicators*, octubre 1999.
Información proporcionada por el Centro de la OCDE en México



